

confesión de fe y predicación

Entre las diversas situaciones en las que se dan las confesiones de fe una de singular importancia es la predicación. Hay situaciones externas a la Iglesia, que actúan en ella desde fuera, como por ejemplo la persecución, y otras internas que brotan de su misma vida en cuanto que ésta se concreta en actividades propias de la Iglesia. La situación interna más original, complexiva e importante es la predicación. Cristo envía a sus discípulos ante todo a predicar y la vida de la Iglesia es descrita en sus orígenes como la vida misma de "la palabra", es decir, de la predicación, que va extendiéndose y creciendo. Así es como se ve a la predicación en el N. T. Por el contrario en nuestros días la predicación está bastante devaluada, a mi parecer por dos razones: primera, porque lo que en concreto se presenta como predicación no convence (vulgariidades, lenguaje convencional, distante, vago o poco inteligible, o, para otros, excesivamente concreto, temporalista, quizás demagógico); segunda, porque las ideas que se tienen sobre la predicación son pocas y deficientes desde el punto de vista teológico. Respecto a esto segundo la Teología tiene bastante culpa. Se ha desarrollado la

teología de la Sagrada Escritura y la teología de los sacramentos, pero apenas si ha habido una teología de la predicación. El cristiano medio ve en la Escritura y en los sacramentos, más allá de las palabras y de las acciones humanas, la Palabra y la acción de Dios, mientras que en la predicación sólo ve las ocurrencias, mejores o peores, de un hombre. En una Iglesia clericalista el prestigio social de ese hombre, el sacerdote, daba peso a sus palabras. Hoy este prestigio social ha decaído, por la derecha y por la izquierda. La Iglesia se desclericaliza (o anticlericaliza). Como la predicación hoy por hoy está vinculada a los sacerdotes, el desprestigio cae también sobre ella.

No voy a tratar de los diversos problemas que hoy presenta la predicación, como serían los problemas de comunicación humana o la relación con los medios de comunicación social; tampoco de la teología de la predicación. Sólo convendría notar que la predicación como realidad eclesial participa del doble carácter humano y divino de la Iglesia, que se la puede considerar desde fuera, descriptivamente, o en su realidad interna, iluminada por la fe. Estos dos factores no están uno junto al otro

sino el uno en el otro. La predicación es Palabra de Dios en la palabra humana.

Nos limitamos a la Iglesia apostólica o primitiva, la Iglesia cuya vida es testimoniada por los diversos libros del N. T. Uno de ellos, los Hechos de los Apóstoles, presenta la historia de sus comienzos; pero todos, evangelios, cartas, Apocalipsis, tienen como trasfondo y fuente de donde proceden la vida de esa Iglesia.

Los escritos del N. T. están relacionados con la predicación de la Iglesia primitiva, pero también con las confesiones de fe de esa misma Iglesia. Esta doble relación plantea la cuestión de la conexión entre predicación y confesiones de fe. Lo que se diga del tiempo apostólico valdrá también en substancia para nuestros días. ¿Cómo debe ser hoy el testimonio de fe predicado y confesado?

LOS ESCRITOS DEL N. T. Y LA PREDICACION PRIMITIVA

“Al comienzo era la predicación”. Lo entendemos del comienzo de la Iglesia. Esta fue una de las intuiciones más válidas del *método de la historia de las formas*, recogida por la Instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica en 1964. Esta Instrucción, tratando de los Evangelios, distingue tres tiempos de la tradición, a través de los cuales han llegado hasta nosotros la doctrina y la vida de Jesús: el primero, el de los mismos hechos históricos de la vida de Jesús; el segundo, el de la predicación de la Iglesia primera en sus diversas formas; el tercero, el de la redacción o composición de los escritos. Podemos descubrir a través de los evangelios lo que sería la predicación de la Iglesia apostólica. Leídos a esta luz su mensaje cobra

más vida, porque responde a situaciones vividas.

Esta distinción de los tres tiempos vale no sólo para los evangelios sino también para los otros escritos del N. T. También en ellos, aunque no sean libros históricos, hay referencias a algunos sucesos de la vida de Jesús. Estas referencias unas veces son explícitas; muerte y resurrección de Jesús son los dos sucesos más mencionados. Otras son implícitas y las podemos detectar, por ejemplo, comparando la doctrina de Pablo con la predicación de Jesús transmitida por los evangelios. Hay coincidencias, a veces muy notables, que manifiestan el fondo tradicional del mensaje paulino, a pesar de la fuerte personalidad del autor y de la originalidad de su pensamiento. En sus cartas se pueden leer como en filigrana algunos temas de la predicación de Jesús. Y respecto a la predicación de la Iglesia también hay en Pablo referencias explícitas o implícitas a ella.

De los tres tiempos el puesto central lo ocupa el segundo, la predicación de la Iglesia. Los hechos históricos son la base; los escritos del N. T., la forma cómo hechos y predicación llegan a la posteridad. Hay que tener en cuenta que lo propio de cada tiempo no puede ser aislado en estado puro, si no es parcial y conjeturalmente. Lo decisivo no es la separación sino la compenetración; como los tubos de un telescopio cada uno entra en el otro. Son momentos de un único proceso de historia de salvación. La historia salvífica de Cristo se continúa con su interpretación y actualización, primero en la predicación y después en los escritos. Predicar y escribir eran también acciones histórico-salvíficas.

La Constitución dogmática *Dei Verbum* del Vaticano II dice citando en nota a la Comisión Bíblica: "Los autores sagrados escribieron los cuatro evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las iglesias, reteniendo en fin la forma de proclamación, de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús" (n. 19). Y al hablar de la Sagrada Tradición: "Así pues la predicación apostólica, que se expresa de modo especial en los libros inspirados..." (n. 8). La historia no interesa a los autores del N. T. como pura reconstrucción del pasado, sino que está puesta al servicio de la predicación; es una historia kerigmática o un kerigma que recoge la historia, adaptándola e interpretándola según su propia intención e inspiración. Al hablar del "kerigma", aunque esta palabra se utilice hoy con diversos matices, nos referimos a la "proclamación", al anuncio público, que compromete a los oyentes, de la acción salvífica de Dios en Jesucristo. Es no solamente la forma primera de predicación, la predicación misionera a los no cristianos, sino también permanentemente la forma fundamental o el núcleo de toda predicación.

Por desconocer este carácter kerigmático de los evangelios se puede decir que han fracasado los intentos protestantes y católicos de escribir "vidas" de Jesús. Estos intentos pretendían trasponer los evangelios al género literario de la biografía. Pero al hacer esta transposición se pierde el enfoque que atraviesa y determina el significado de los evangelios. Estos libros son precisamente "evangelios", es decir, anuncio de la buena noticia

de la salvación. "Evangelio" significa en primer lugar la predicación oral. Si después esta misma palabra pasó a designar los escritos que narraban los sucesos de la vida de Jesús, esto se debe a que esos escritos procedían de la predicación oral y conservaban una conexión interna con ella. Como la predicación también los escritos proceden de la fe y se dirigen a la fe.

La predicación fue la actividad primera de la Iglesia. Jesús envió a sus discípulos no a escribir sino a predicar. No hubo Iglesia sin predicación. Sí hubo Iglesia sin los escritos inspirados del N. T. Esta fue su situación durante las primeras décadas. Pero, aun después de tener estos escritos, sólo poco a poco a través del s. II va tomando conciencia la Iglesia del carácter único y exclusivo de estos libros. Todavía en el s. III el "canon" o regla no se refiere al catálogo de libros inspirados, sino a la verdad misma (Ireneo) o a la enseñanza transmitida por sucesión (Tertuliano) o a la Iglesia (Clemente de Alejandría y Orígenes). A sus ojos la palabra viva de la tradición y el acuerdo de las iglesias son la primera norma de la enseñanza cristiana. Esta situación, aunque pasajera, es muy significativa. Apunta a una permanente prioridad de naturaleza de la palabra viva y oral sobre la escrita, a pesar de que ésta llegara a ser imprescindible para la vida de la Iglesia y a pesar de la autoridad divina de los libros inspirados. Por esto la *Dei Verbum*, invirtiendo el orden habitual, antes de hablar de la S. Escritura habla de la Tradición, que comienza con la predicación apostólica y continúa progresando en la Iglesia (cf. n. 8).

La diferencia que importa no es la de la mera materialidad del medio usado para transmitir la pala-

bra. No es que el sonido de la voz o las vibraciones de las cuerdas bucales tengan en sí más valor que la tinta y el papel, o la audición más que la lectura. La diferencia está en la actualidad. La palabra tiene que ser dicha, tiene que hablar, tiene que ser acontecimiento hoy, tiene que ser palabra viva. Puede que la tinta y el papel me traigan una palabra viva mientras que la viva voz suena a rutina falsa o formulismo anquilosado.

Sin embargo tiene su razón de ser el conectar lo oral con lo vivo y actual. En primer lugar, porque en lo oral la palabra brota de un modo más inmediato y perceptible de la vida del que la pronuncia. La vida que se manifiesta en el rostro, en la entonación, en la fuerza con que se pronuncia la palabra no queda recogida por el escrito. En los evangelios hay referencias a la fuerza singular de la palabra hablada de Jesús ("enseñaba como quien tiene poder", Mt 7,29), pero no estamos en las condiciones de sus oyentes para percibir esa fuerza. No es que simplemente se haya perdido; ha pasado a la predicación cristiana, al evangelio, "que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree" (Rom 1,16). Además también es más inmediata y visible la conexión entre la palabra hablada y el testimonio de vida del que habla. En segundo lugar lo oral es más vivo y actual, porque toda palabra humana está ligada a su tiempo. Cuando la oímos desde otro tiempo y otra cultura, tiene que ser "traducida" ("trans-ducere"), es decir, tiene que ser llevada desde su tiempo hasta el nuestro o desde su medio cultural y lingüístico hasta el nuestro. Ahora bien, la escritura fija a la palabra; el habla la dice para el momento actual.

SERMON Y EVANGELIO

La predicación fue fundamental para la Iglesia primitiva, para las comunidades cristianas de quienes proceden y a quienes se dirigen los escritos del N. T. Aquella era una "Iglesia de la palabra" y creemos que la posterior no es fundamentalmente distinta, que tiene que seguir siendo "Iglesia de la palabra". Pero, como decíamos al principio, "la palabra", la predicación, está muy devaluada. Vamos a hacer un par de anotaciones para procurar entender qué es en su substancia cristiana la predicación.

En primer lugar, qué no es. "Predicación" nos sugiere hoy un género de oratoria sagrada con unas características propias, que se han configurado y han ido evolucionando a lo largo de los siglos. El Diccionario de la Real Academia da a la voz "predicar" las siguientes acepciones: "Publicar, hacer patente y clara una cosa. 2. Pronunciar un sermón. 3. Alabar con exceso a un sujeto. 4. fig. Reprender agriamente a uno de un vicio o defecto. 5. fig. y fam. Amonestar o hacer observaciones a uno para persuadirle de una cosa". Del sentido más genérico, que no se refiere a la predicación cristiana, se pasa sin transición al sentido de sermón, que será el que se entienda en un contexto cristiano. A su vez en el "sermón" resuenan las connotaciones moralizantes y peyorativas de las tres últimas acepciones. Según al mismo Diccionario "sermón" en sentido figurado significa "amonestación o reprensión insistente y larga". Se ataja la importancia de las exhortaciones de otro con un "déjate de sermones". Este es el sentido figurado; pero en el lenguaje vivo no se establecen distinciones claras entre el sentido propio y el figurado; uno se desliza hacia el otro. Con lo

cual tenemos que "predicación" tiende a convertirse en sinónimo de "sermón" y éste viene a significar un género de oratoria de iglesia, antes unido al púlpito, ahora en todo caso al culto, monólogo antes más altisonante, ahora más sencillo pero siempre monólogo. Al referirnos a la predicación del N. T. no es esto exactamente lo que encontramos.

En segundo lugar, qué es la predicación en el N. T. A falta de otra palabra mejor llamamos "predicación" lo que en el N. T. se designa con una serie de términos como enseñar, decir, catequizar, transmitir, dar a conocer, testificar, proclamar, evangelizar, etc. Con distintos matices se significa, a veces de un modo muy genérico, una comunicación verbal, que puede tener lugar en circunstancias de lugar y tiempo no sagradas o culturales, por ejemplo, en la calle o ante un tribunal de justicia, en la que cabe el diálogo; por tanto algo más vario e informal que lo que hoy entendemos por predicación. Palabras que hoy suenan a más específicamente religiosas tienen un significado común que puede ser profano; por ejemplo, "catequizar" significa simplemente instruir de viva voz.

Se pueden distinguir tres tipos de predicación en el N. T.: la predicación misionera dirigida a los no cristianos (judíos o gentiles), la instrucción de los catecúmenos que se preparaban al bautismo y la predicación dirigida a los cristianos. La predicación debe diferenciarse según la diversa situación del oyente respecto a la fe. Pero los tres tipos responden a tres fases de un desarrollo de la fe, que debe ser provocado y conducido por la predicación.

Dentro de las notas genéricas de proceso de comunicación humana y dentro de la variedad y fluidez

de formas la predicación cristiana acentúa algunas notas. Señalamos cuatro principales: 1) Es *pública*: esto se puede poner de manifiesto externamente, predicando en lugares públicos, en la calle, o convocando un auditorio numeroso y heterogéneo (como en Pentecostés); pero en último término significa que su destinatario es la Humanidad entera. 2) *Compromete* al oyente, es una palabra dotada de fuerza, que interpela y obliga a tomar una decisión y una decisión total, en la que está en juego lo más profundo de su existencia; no es una mera enseñanza u ofrecimiento. 3) Es *anuncio*: comunica una noticia, la gran novedad, que la salvación de Dios o Dios mismo como salvación ha irrumpido definitivamente, de una vez para siempre en Jesús; y al mismo tiempo que lo comunica hace presente de nuevo para cada momento este acontecimiento único. 4) Esta novedad es una novedad *alegre*, como la noticia de una victoria: el éxito o el fracaso total no depende de la respuesta libre de cada uno ni de la suma de ellas; la victoria total ha sucedido antes que las victorias parciales, se ha ganado la guerra antes de ganar las batallas, en la aceptación libre y plena de un hombre que compendia a la Humanidad entera, Jesús de Nazaret.

En el N. T. se emplean expresiones densas que se refieren a estas notas peculiares de la predicación cristiana, que resaltan lo sustantivo de ella por su origen, por su contenido y también por la fuerza y eficacia de que está dotada. Así como en la palabra "sermón" veíamos el aspecto más superficial y sociológico, en la palabra "evangelio" o "evangelizar" se dice lo que es en profundidad la predicación cristiana más allá de la pobreza de las palabras hu-

manas pero en esa misma pobreza. También se utilizan otras expresiones más o menos equivalentes como "kerigma", "palabra de Cristo", "palabra de la Cruz", "palabra de la vida" y aun simplemente "la palabra". La predicación es "palabra de Cristo" porque procede de Cristo, porque trata de Cristo y porque hace presente eficazmente a Cristo y su salvación. Si hay una presencia sacramental de Cristo, también hay una presencia suya en la predicación. En el N. T. se pasa de la palabra-predicación a la Palabra-Cristo. De la primera hablan los Hechos de los Apóstoles; de la segunda Juan. No es mera coincidencia de palabras sino coincidencia de realidades. A lo "verbal" de Cristo corresponde lo "crístico" de lo verbal humano en la predicación.

Los Santos Padres establecían un paralelismo entre la Encarnación, la Palabra hecha carne en Cristo, y la Palabra de Dios hecha palabra humana en la Sagrada Escritura. Un paralelismo semejante se puede establecer respecto a la predicación. La virtud salvífica de Dios está presente en la debilidad y limitación de unas pobres palabras humanas. Pablo destaca esta paradoja de la predicación cristiana (cf. 1 Cor 1-4).

LAS CONFESIONES DE FE

El "evangelio" (u otros términos semejantes) ya apunta hacia una condensación de la predicación cristiana en lo más sustantivo y característico de ella. Un paso más en la condensación, una explicitación de lo que constituye el núcleo o germen de toda la fe son las "confesiones de fe". Antes de tratar de su relación con la predicación digamos brevemente algo sobre ellas.

Las confesiones de fe están esparcidas por todo el N. T. Por lo menos en algunos casos se destacan claramente del contexto. En su forma fundamental constan simplemente de dos elementos: el nombre de Jesús y un título o predicado que se le atribuye. Estos títulos se reducen a tres (aunque fuera de las confesiones de fe hay otros muchos): "Cristo", "Señor", "Hijo de Dios". Puede expresarse en un grito, en una aclamación: "Señor Jesús" o "uno es el Señor Jesús". También aclaman los cristianos con palabras heredadas de la fe de Israel: "uno es Dios".

Cuando dicen "Jesús es el Cristo" etc., el énfasis lo ponen en los dos miembros, sujeto y predicado. Hay en estas confesiones de fe un doble movimiento, por ejemplo: "Jesús es el Señor" y "el Señor es Jesús". En el primer caso se va de la historia, aludida con el nombre del personaje histórico Jesús, a la realización escatológica de la exaltación, aludida con el título de Señor. En el segundo el camino es el inverso; se va de la experiencia actual del señorío de Jesús en la comunidad cristiana como anticipación escatológica al entronque con la historia de ese mismo Jesús en su vida terrena. Se ha solido poner el acento exclusivamente en el predicado "Señor", "Cristo", "Hijo de Dios", es decir, en la realidad transhistórica. Pero fue —y es— necesario darle la vuelta a la frase para acentuar también que sólo en la realidad histórica del hombre Jesús de Nazaret se manifestó el verdadero "ser Señor", "ser Cristo (o Mesías)", "ser Hijo de Dios". Y esto por dos motivos. Primero, para identificar a la persona: el Señor es Jesús y no otro, por ejemplo, el César. Segundo, para identificar el sentido verdadero de estos títulos: sólo la persona de Jesús a partir

de su manifestación terrena nos da su verdadero sentido. Estas palabras podían tener muchos sentidos. "Cristo" podía expresar las esperanzas mesiánicas del Judaísmo tardío (apocalíptico, político, etc.). "Señor" podía ser entendido en el sentido que los griegos y romanos le daban, cuando lo aplicaban a sus dioses y emperadores. "Hijo de Dios" también podía tener un sentido pagano. Sólo Jesús llena de verdadero sentido a estos términos.

Estas fórmulas fundamentales más simples se desarrollan añadiéndoles expresiones antitéticas, como "según la carne - según el espíritu", "el que descendió - el que ascendió", "el que murió - el que resucitó". Muerte y resurrección son los dos sucesos de la vida de Jesús en los que las confesiones de fe compendian su significado salvífico. Sellan con un sentido concreto y nuevo los títulos "Cristo", "Señor", "Hijo de Dios". Muerte y resurrección de Jesús son el centro y el núcleo de toda la fe. Con ellas se confiesa lo esencial del acontecimiento salvífico, de lo que Dios ha hecho por los hombres en la persona de Jesús, y al mismo tiempo y sin necesidad de más precisiones filosóficas se confiesa (que no es lo mismo que conocer teóricamente) lo que en un lenguaje posterior al del N. T. se puede llamar la esencia de esa misma persona.

Tres notas se pueden señalar en las confesiones de fe. Primera, la *simplicidad* suma. Pueden bastar dos palabras. Segunda, la *variedad* dentro de una cierta *convergencia*. No hay una fórmula sacrosanta que se repita literalmente, pero sí una *convergencia* hacia la persona de Jesús (en esto la *convergencia* es total; ni basta la fe en Dios ni hay otro individuo que le haga la competencia a Jesús), hacia unos

pocos títulos (con un pequeño margen de variación), hacia la muerte y resurrección de Jesús interpretadas como salvación y hacia una contraposición de términos antitéticos (en su doble condición, en su doble relación a Dios o en los dos sucesos culminantes de su vida). La tercera nota de las confesiones de fe es su progresivo *desarrollo* a partir de las más simples. Se desarrollan desde la muerte y resurrección ampliando el campo de visión hacia atrás (el Padre lo envía y entrega, su preexistencia) y hacia adelante (exaltación, parusía o venida como juez de vivos y muertos) o añadiendo algún que otro suceso o determinación (fue sepultado, se apareció, al tercer día), pero siempre con una gran parquedad de datos. Se desarrollan también doctrinalmente con interpretaciones (por nuestros pecados, según las Escrituras, etc.). La forma se hace más libre, pasa fácilmente al himno; a veces se añade una paráfrasis o comentario. Y este desarrollo se prolonga en el contexto del escrito en que se insertan. Un ejemplo: 1 Cor 15,3-5 es una confesión de fe que en sus cuatro miembros (muerte, sepultura, resurrección, apariciones) contiene ya algunos desarrollos en comparación con las más simples. Pero Pablo la enriquece con otras tradiciones de apariciones (vv. 6 y 7) y con su propia experiencia del Resucitado (v. 8) comentada (vv. 9 y 10). Después de esto, que les recuerda a los corintios como objeto de predicación y fe comunes (v. 11), y apoyándose en este fundamento se extiende en el resto del capítulo, elaborando a su modo la doctrina de la resurrección de los muertos. Esta capacidad que tienen las confesiones de fe de desarrollarse hay que tenerla en cuenta a la hora de ponerlas en relación con la predicación.

Como no he querido recargar con citas lo anterior, añado a continuación algunas de confesiones de fe: Rom 10,9; Flp 2,11; 1 Cor 12,3; 8,5-6; Ef 4,5; Gal 3,20; 1 Tim 2,5; Rom 8,34; 2 Cor 13,4; 1 Tes 4,14; Rom 4,24-25; 14,9; Ef 4,8-10; Rom 1,3-4; 1 Jn 2,22; 4,15; 5,1.5; 4,2; 2 Jn 7; 1 Jn 5,6; Act 9,20; 17,2-3; 18,5.28; 5,42; 2 Tim 2,8; 1 Tim 3,16; 1 Pe 3,18... A estos textos de las epístolas y de Hechos de los Apóstoles se podrían añadir otros de los evangelios.

¿FORMULISMO?

De lo anteriormente dicho se sacan dos conclusiones: 1) En las confesiones de fe se formula lo central de la fe, con palabras y giros que se repiten de un modo bastante estereotipado; forman parte de una tradición que transmite las fórmulas con cierta literalidad; 2) pero esta literalidad no es absoluta; no hay "fórmulas sagradas", intocables, sino que a las fórmulas se las trata con cierta libertad. Esto ya se muestra en el desarrollo progresivo de las confesiones de fe, pero todavía más por los retoques que se introducen en ellas. Por ejemplo, Pablo introduce probablemente en el himno de Flp 2,6-11 las palabras "y muerte de cruz", y quizás al final "para gloria de Dios Padre"; en Rom 1,3-4 también parece añadido "en poder" en el v. 4.

Más aún, en el N. T. hay un positivo escepticismo respecto al valor que las más ortodoxas y centrales formulaciones de fe puedan tener por su mera literalidad. "Tú eres el Hijo de Dios" (Mc 3,11) es por el tenor de las palabras una perfecta confesión de fe, pero en el evangelio se pone en boca de los demonios y se convierte en expresión de incredulidad. "No el que

dice: "Señor, Señor" entrará en el Reino de los cielos (Mt 7,21): esto se leía en una iglesia en que la aclamación "Señor Jesús" era la más genuina y entusiasta confesión de fe. Lo que les falta a las palabras es ser dichas "en el Espíritu Santo" (1 Cor 12,3), la vivencia del Señor presente y actuante en la comunidad cristiana.

Por tanto se puede decir que en el N. T. la fe no es formulista. Las fórmulas tienen sólo un valor relativo. Porque la fe, antes que "creer que" un enunciado es verdadero, es "creer en" una persona, es encuentro personal, confiar en una persona, entregarse a ella. La fórmula está al servicio de su dimensión comunitaria; expresa el acuerdo o comunidad en el decir, nacida de la comunidad en el sentir. La palabra griega para designar la "confesión de fe" es *homología*, que significa decir juntamente, unánimemente. Pero para mostrar este consentimiento no es preciso que la fórmula sea siempre y en todas las circunstancias una misma. Y mientras más viva y pura es la fe, mientras más nos acercamos a la fe en estado naciente, menos necesarias son las precisiones y aquilataciones doctrinales y especulativas. Una simple palabra cobra pleno sentido en el contexto de la vida cristiana en que se pronuncia.

La falta de formulismo está relacionada con el puesto que las confesiones de fe ocupan en la predicación. De ello vamos a tratar a continuación.

RELACION ENTRE CONFESIONES DE FE Y PREDICACION

De una mera consideración global de los escritos del N. T. se puede deducir ya que se da una conexión entre las confesiones de fe y la predicación. Por una parte

hemos visto que estos escritos son kerigmáticos, es decir, que la predicación de la iglesia apostólica está en el origen de ellos. Pero por otra parte se puede decir que son homologuéticos, porque las confesiones de fe están presentes en todos ellos, no incidentalmente sino como centro al que continuamente se refieren y desde el que se desarrollan los relatos de la vida de Jesús y las reflexiones teológicas.

Pero hay textos en los que destaca en particular esta conexión. En ellos los términos que designan la predicación ("evangelizar" o "evangelio", "proclamar", "anunciar", etc.) tienen como objeto las mismas formulaciones que se encuentran en las confesiones de fe: "Y no cesaban de enseñar y evangelizar al Cristo Jesús" (Act 4.42). "Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les proclamaba al Cristo" (Act 8.5). "Evangelizándoles al Señor Jesús" (Act 11.20). "Y en seguida se puso (Pablo) a proclamar en las sinagogas a Jesús: que éste es el hijo de Dios" (Act 9.20). "Explicando (Pablo las Escrituras) y probando que el Cristo tenía que padecer y resucitar de entre los muertos, y que "éste es el Cristo, Jesús, a quien yo os anuncio" (Act 17.3). "Porque enseñaban al pueblo y anunciaban en la persona de Jesús la resurrección de los muertos" (Act 4.2). "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor" (2 Cor 4.5). "Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús, a quien os predicamos Silvano, Timoteo y yo..." (2 Cor 1.10).

De la coincidencia entre lo predicado y lo confesado se pasa a establecer explícitamente la correspondencia entre predicación y confesión: "en la sujeción de vuestra confesión de fe al evangelio de Cristo" (2 Cor 9.13). En Rom 10.8-10 a "la palabra de fe que nosotros proclamamos", es decir,

a la predicación del Apóstol, corresponde la confesión de fe (v. 9). Igualmente en 2 Jn hay una correspondencia entre la "enseñanza de Cristo" (v. 9), que es una forma de predicación, y la confesión de fe (v. 7).

Se puede hablar con algunos autores de "fórmulas de predicación" como una clase de confesiones de fe, que proporcionan breves compendios de los esenciales elementos de la predicación cristiana primitiva, acuñados como fórmulas. Son como el eslabón que une la interpelación, que es la predicación, y la respuesta, que es la confesión de fe. La más notable de estas "fórmulas de predicación" es 1 Cor 15.3-5. Al citar estas palabras, que Pablo transmitía como las había recibido (v. 3), se refiere a su predicación ("el evangelio que os evangelicé" v. 1), que en esto coincide con la de los otros Apóstoles (v. 11).

Se puede establecer un paralelismo entre los cuatro miembros de esta fórmula y el esquema constante que se repite en los modelos de la más antigua predicación cristiana tal como la presenta Lucas en Act 2.14-40; 3.12-26; 4.8-12; 5.29-32; 10.34-43; 13.16-41. Prescindiendo en estos discursos del exordio, que es más circunstancial, la parte central es una proclamación de Jesús y consta de los siguientes puntos: 1) Vosotros (o los judíos) habeis matado a Jesús; 2) Como la Escritura lo había profetizado; 3) Pero Dios le ha resucitado; 4) Y le ha dado una nueva función (o nombre); 5) Como se prueba por las Escrituras; 6) De lo cual somos nosotros testigos; 7) Y os exhortamos a la conversión (o bien: las Escrituras anuncian que en él está la salvación). Una comparación con las confesiones de fe en general y con la fórmula de 1 Cor 15.3-5 en particular muestra las

semejanzas, más acusadas en el segundo caso. Los temas centrales son los mismos, aunque haya diferencias de lenguaje, que en los discursos de Act es más libre. En cuanto al contenido la diferencia principal está en la exhortación final a la conversión, que es propia de la predicación. Los discursos de Act tienden además a ampliar la presentación de Jesús con referencias a algunos datos de su vida pública; hay como un esbozo de lo que después serán los evangelios; pero como en las confesiones de fe el centro lo ocupa la muerte y resurrección.

Resumiendo diríamos que las confesiones de fe son el eco de la predicación primitiva, la respuesta de fe a esa predicación. Así se presenta en Act 8,35-37. En el v. 35 Felipe evangeliza al eunuco. En el v. 37 (que, aunque sea una glosa, interesa por su gran antigüedad) éste responde con una confesión de fe: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". Pero a su vez, como en este eco resuena lo substancial de la predicación, la confesión de fe es también norma de toda predicación; así por ejemplo en 1 Cor 15,1-11.

No queremos decir que la predicación se limitara a repetir las afirmaciones de las confesiones de fe. Según Act 2,15 el primer tema de una predicación cristiana el mismo día en que ésta comienza es el de la borrachera de los Apóstoles, resuelto en primera instancia con una apelación a un sentido común muy a ras de tierra: es demasiado temprano para estar borrachos (v. 15). Pero desde lo anecdótico y pintoresco llega al mensaje central. Y llega por sus pasos, estableciendo una conexión entre la presunta borrachera y la proclamación final: "Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (v. 36).

Los pasos son dos: primero, no es el vino sino el Espíritu el que ha soltado la lengua a éstos, lo cual ya lo había previsto el profeta (Joel) (vv. 17-21); segundo, las últimas palabras del texto de Joel ("y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará" v. 21), junto con el salmo 110, citado en los vv. 34-35, en que se da al Mesías el título de "Señor", anuncian el tema de la proclamación cristológica: Jesús como Señor. La conexión se completa con el tema de la efusión del Espíritu, el tema del día: Jesús es quien ha recibido el Espíritu por la exaltación y por eso él es quien la ha derramado con los efectos que veis y oís (v. 33). Por tanto las afirmaciones de las confesiones de fe están contenidas en la predicación no como tema único pero sí como central.

Llegados a este punto surge la dificultad siguiente: si la predicación primitiva proclama ese mismo núcleo de fe que los cristianos confiesan, ¿puede ser ésta la forma fundamental y permanente de toda predicación? ¿se puede así actualizar la fe? Dificultad que se bifurca en dos direcciones. Primera: se predicaría lo ya sabido y por sabido gastado. Segunda: si se afina más en el sentido de las palabras, esa proclamación resulta distante y ajena al hombre de tiempos posteriores, sobre todo al hombre moderno que es más capaz de percibir la distancia histórica; resulta un asunto bastante implicado con las cuestiones que se debatían allá por el s. I en una esquina del Imperio Romano. Y por cualquiera de los dos lados parece difícil que esta proclamación interpele y concierna a los oyentes de hoy. En el primer caso sonaría a prólogo de lugares comunes y habría que esperar a que el predicador entrara en materia tocando las cuestiones candentes de hoy.

En el segundo caso, puestos a salvar la distancia, sería una exposición apropiada sólo para gentes con preparación y gusto por la historia.

EL OYENTE DE ENTONCES Y EL DE HOY

El oyente de entonces, el primer oyente de la predicación cristiana, era el judío, palestinese o de la diáspora. Para él las palabras con las que la predicación proclamaba el acontecimiento salvífico de la muerte y resurrección de Jesús, que Jesús es el Cristo, el Señor, el Hijo de Dios, tenían que sonar de muy distinta manera a como le suenan al oyente de hoy. Y esto por las dos razones opuestas a las dificultades antes señaladas para el valor permanente de esta proclamación: por la cercanía y por la novedad.

En primer lugar, la cercanía. Nos referimos a la cercanía temporal, porque eran sucesos que acababan de pasar; pero más aún a la cercanía de lo que entra dentro del propio horizonte de comprensión, de lo que responde a las expectativas que uno vive. La crucifixión de Jesús había sido el término de un proceso público, político-religioso, en el que había desembocado una crisis que había afectado sobre todo a la capital judía. La cruz tenía un sentido patibulario muy concreto. El anuncio de la resurrección de Jesús es la novedad inesperada y desconcertante, pero ligada de cerca a lo conocido y vivido. En la interpretación que acompaña al anuncio de los hechos también se conjuga lo inesperado con lo esparado. El título de "Cristo" o "Mesías" evoca las grandezas históricas del propio pueblo y recoge la expectativa viva de que esas grandezas

iban a renacer en una figura singular. Tenía resonancias patrióticas e incluso estaba teñida de nacionalismo revanchista, de temporalismo triunfalista. Era un título bastante equívoco. Jesús durante su ministerio público había mostrado sus reservas respecto a él. Cuando a pesar de ello la Iglesia primitiva lo emplea abiertamente en su predicación y confesiones de fe, habla un lenguaje familiar a los oyentes de entonces. "Hijo de Dios" en su significado original entronca con la misma expectativa mesiánica. "Señor" en el ambiente judío responde a otras ideas que también se vivían en aquel tiempo: la expectativa escatológica. Con la interpretación "según las Escrituras" se referían igualmente a algo conocido y familiar para los oyentes.

Dentro de este marco de ideas conocidas y de referencias cercanas, que llegaban hasta lo estrictamente contemporáneo, se inserta la novedad desconcertante de la proclamación. La novedad de la resurrección del que había muerto en la cruz; este anuncio era noticia. La novedad de que el Cristo, el Señor, el Hijo de Dios era precisamente Jesús, lo cual llevaba consigo una transformación total de las ideas y expectativas de los oyentes, una reinterpretación nueva de todo lo que daban por adquirido. La novedad de que lo que parecía el fracaso de una vida fuera para ellos la salvación; esto es paradójico.

Por el contrario para el oyente de hoy estas mismas palabras parece que no pueden causar el mismo efecto. El juego entre lo nuevo y lo conocido se ha invertido. La novedad, tantas veces oída, suena a cosa sabida. Pero a su vez lo que eran ideas y hechos familiares y cercanos, que ayudaban a la comprensión y aceptación del mensa-

je cristiano, resulta ahora lejano y desconocido.

Para el oyente actual probablemente "Cristo" es un simple sinónimo de "Jesús"; "Señor" es un título vagamente piadoso; "Hijo de Dios" evoca la cuestión de la naturaleza y persona divina y las precisiones doctrinales a que esta cuestión ha dado lugar. Pero estas palabras no dicen ya claramente que Jesús tiene actualmente un puesto singular en la historia concreta que vivimos, protagonizada por él bajo la acción de Dios. La Cruz tiende a convertirse en un símbolo bastante convencional y la Resurrección en un hecho milagroso del pasado. No es fácil ver en ellas el vuelco total de la historia ni por tanto se capta la fuerza de la llamada a la conversión, que procede de su proclamación.

En los simples enunciados de la predicación primitiva recogidos por las confesiones de fe se cumpliría de modo connatural lo que Bertolt Brecht dice que debe producir el teatro: el "efecto de extrañeza". Este consiste en una técnica mediante la cual algo aparece como extraño, para ser conocido de nuevo. Esto libera al hombre de la alienación de las evidencias familiares, que son incapaces de influir. Contra la alienación, la extrañación. La predicación de la Cruz y Resurrección, de que Jesús es el Cristo producía y debe seguir produciendo ese impacto de extrañeza. Deberían ser las palabras más provocativas, porque lo fueron; pero se han convertido en evidencias familiares. Para decir lo mismo habrá que decirlo de un modo distinto. La novedad radical de Cristo no admite novedades fuera de ella, pero dentro de ella da cabida a todo lo auténticamente nuevo y lo promueve, porque todo lo hace nuevo (cf. Ap 21,5).

En otro artículo habrá ocasión de tratar el tema de cómo predicar y confesar hoy el mensaje central cristiano. A continuación me limito a apuntar lo que el puesto que ocupan las confesiones de fe en el N. T. y en su predicación puede sugerir a la de hoy.

¿PREDICACION BIBLICA O PREDICACION ACTUALISTA?

Se ha dicho que para preparar la predicación hace falta tomar la Biblia en una mano y la prensa en la otra. Hasta aquí, al menos en lo fundamental y evitando posibles confusionismos (la prensa no es otra Biblia), todo el mundo estará de acuerdo. La Biblia es imprescindible, si se quiere hablar de Dios y de Cristo. Lo que pasa y lo que se dice hoy, digamos la actualidad periodística, interesa también al predicador, aunque sólo sea para saber a quiénes habla; le interesará más aún, si piensa que la Historia de la Salvación no terminó hace siglos, sino que sigue adelante, bajo la forma oculta y ambigua de las cosas que pasan en este mundo de lo cotidiano o de lo político. Esta vinculación de lo salvífico con lo mundano (o "periodístico") aparece en la misma Biblia. Por no hablar del A. T., donde todo iba unido en la teocracia político-religiosa, en el N. T. tienen que ver con la salvación sucesos "periodísticos" como el decreto del emperador Augusto sobre el censo o la destrucción de Jerusalén por Tito.

Las divergencias empiezan cuando se plantea la cuestión del puesto que cada uno de estos dos factores, la Biblia y la prensa, debe ocupar en la predicación. Se dan dos posiciones encontradas. Unos piensan que hay que partir de la Biblia para llegar a la actualidad.

Otro por el contrario, que hay que partir de la actualidad para llegar a la Biblia.

La primera es la predicación bíblica, que se puede quedar en biblicista, si pretende hacer valer para hoy las palabras, el lenguaje, las situaciones que se encuentran en la Biblia, sin esforzarse por recorrer el largo camino de interpretación actualizante que conduce a las palabras, el lenguaje y las situaciones del presente. La predicación bíblica, que toma como punto de partida y de referencia lo que el texto bíblico dice, es por ejemplo la que defiende Karl Barth (véase su libro *La proclamación del evangelio*). Tendrá que fundarse en un estudio histórico-crítico del texto, aunque no haya que exponer este estudio en la misma predicación. La ventaja del procedimiento es que en la Biblia se tiene una guía segura y su texto se refiere a la salvación plena acontecida de una vez para siempre en Cristo. El inconveniente, que lo que la Biblia dice y las palabras del predicador en cuanto se remiten a lo que la Biblia dice, a su texto, pueden sonar o a muy sabido o a muy distante y ajeno, como decíamos de la letra de las confesiones de fe. Las palabras resbalarán sobre las cabezas de los oyentes o en el mejor de los casos le obligarán a recorrer un largo y difícil camino hacia el pasado, para al final llegar a algo que no les concierne en lo vivo ni les llama a la conversión. Se puede intentar remediarlo añadiendo unas "aplicaciones" prácticas, que salten del entonces al hoy, de lo dicho para otros a lo dicho para mí. Pero el salto es demasiado grande y las aplicaciones parecerán remiendos nuevos echados a un vestido viejo.

El otro procedimiento de predicación, el que toma como punto

de partida y de referencia fundamental la actualidad mundana en que vivimos (por ejemplo, la declaración de los derechos humanos, un conflicto laboral, una ley civil, la crisis de energía, etc.), tiene la ventaja de que esto se entiende y dice inmediatamente algo concreto al oyente de hoy, pero tiene el peligro de reducir las dimensiones de la salvación. Porque aun después de iluminada esa actualidad a la luz del mensaje cristiano, aun después de mostrar cuál es el sentido salvífico que se oculta en la ambigüedad mundana, sólo se habrá llegado a anunciar una realización parcial de la salvación. Queda abierta la cuestión de la salvación completa, al menos anticipadamente completa, que es la que da sentido a todas las realizaciones parciales. Para abordar esta salvación completa no sirve como centro de referencia la actualidad económica, jurídica, política, etc.

Puesto que ninguno de estos dos tipos de predicación —a los que corresponderán dos tipos de recepción— satisfacen, veamos qué puede aportar un enfoque distinto.

PREDICACION DESDE EL CENTRO DE LA FE

Las confesiones de fe contenidas en el N. T. y el puesto que en él ocupan proporcionan a la predicación una tercera posibilidad, distinta de las dos mencionadas. Como dijimos al principio en el origen del texto del N. T. está la predicación o las predicaciones de la Iglesia primitiva. Estas se dirigían a comunidades concretas, judías, helenísticas o judeo-helenísticas, cada una con la mentalidad propia de su época y de su ambiente cultural y con problemas particulares y determinados. Pablo los

enuncia claramente y a veces va respondiendo punto por punto a esos problemas. En los evangelios no se explicitan, pero están en el trasfondo y se pueden reconstruir a través de su labor de adaptación. Bajo este punto de vista todos los escritos del N. T. y la misma predicación subyacente son ocasionales. Pero al mismo tiempo tienen un centro o núcleo, desde el que irradian a esas circunstancias varias. Esto es lo que ponen de manifiesto las confesiones de fe y las confesiones de predicación. Hay que descubrir en el texto y en la predicación, que está en su base, la diferencia entre lo nuclear y lo ocasional o periférico.

Este enfoque distinto del de la predicación bíblica (textual) y del de la predicación actualista se puede concretar en los siguientes puntos:

1) No se pueden valorar por igual en orden a la predicación y a la fe todas las afirmaciones del texto bíblico. Sería un mal servicio de la doctrina de la inspiración de la Escritura, si se la utilizara para nivelar de este modo los diversos enunciados del texto inspirado.

2) Hay que atender primordialmente al mensaje central del N. T., condensado en las confesiones de fe y de predicación, al cual se refieren los desarrollos históricos y doctrinales.

3) Ni aun respecto a las mismas confesiones de fe del N. T. hay que atenerse a la letra al verterlas a la predicación. Esto sería caer en el biblicismo, que es contrario a la misma Biblia. La libertad cristiana, la superación de la letra que mata y es opuesta al Espíritu (cf. 2 Cor 3,6), el continuo proceso de interpretación que se da dentro del N. T., la pluralidad de formulaciones de las mismas confesiones de fe, la continui-

dad de la acción del Espíritu en la Iglesia, todo esto invita a superar la letra y lo exige. Toda la historia de la Iglesia en su Magisterio y en su predicación lo confirma; muchas veces ha vencido la resistencia de los que se aferraban a la letra (cf. el concilio de Nicea).

4) Además del proceso literario de formación del texto del N. T. —y dentro de este proceso— se da un proceso de la salvación y de su acogida en la fe. “Nuevo Testamento”, antes que texto escrito, es y significa una acción de Dios que se comunica a los hombres, que se compromete con ellos de un modo nuevo y definitivo, haciendo una “alianza” o “testamento”, creando una nueva situación de salvación. Sólo en sentido derivado, por metonimia, se llama a los libros “Nuevo Testamento”. Pero la acción de Dios y consiguiendo la respuesta humana se realizan siguiendo un proceso, una “economía”, plan (de desarrollo) o dispensación de la salvación (cf. por ejemplo Ef 3,9; entre los Santos Padres, sobre todo S. Ireneo). Por eso la consideración literaria, la del texto como texto, no debe ser la única ni la primordial. El proceso literario depende de las situaciones sociológicas, externas; el proceso de la fe depende de las situaciones “espirituales” (en sentido escriturístico) creadas por la “economía de la salvación”. Uno y otro no coinciden, aunque tengan puntos de contacto y no se puedan aislar en estado puro. La predicación apostólica participaba de ambos. Las confesiones de fe y de predicación también pueden ser consideradas ya sea desde un punto de vista literario, como aportaciones a la formación del texto, ya sea desde el punto de vista de “economía de la salvación”. Desde el punto de vista literario son una aportación más, quizás secunda-

rias, es decir, formadas más tardíamente que otras unidades literarias. Desde el punto de vista de economía de la salvación expresan el elemento primario, el núcleo o germen a partir del cual se desarrolla toda la fe.

5) La predicación no tiene que pasar a través del texto de la Escritura. No hay que predicar quiénes eran los fariseos, los letrados, los recaudadores de tributos, los samaritanos, etc., cómo eran las comunidades a quienes se dirigían los escritos y antes la predicación primitiva, qué problemas tenían. Todo esto es necesario para entender la Escritura. El predicador y el cristiano en general pueden aprender mucho y muy provechoso para la fe, si procuran enterarse de todo esto. No decimos que el predicador no tenga que mirar a la Escritura, sino que la predicación en cuanto tal, en cuanto actualización de la Palabra de Dios (que en su sentido más original y pleno trasciende a la Escritura), no pasa a través de la Escritura. Esta es una actualización (o un conjunto de actualizaciones) ciertamente privilegiada, a la cual hay que mirar permanentemente; pero en la predicación se trata de otra actualización. Con un simul eléctrico diríamos que la predicación se instala en derivación y no en serie con el texto escriturístico y que la toma de corriente se hace de más arriba. Este "más arriba" es lo que ponen de manifiesto las confesiones de fe y su puesto en la predicación primitiva. Como dentro del N. T. este mensaje central se articula y diversifica según los destinatarios de la predicación y sus situaciones, así también fuera del N. T. o tiempos apostólicos. La predicación actual enfrenta a los hombres de hoy, teniendo en cuenta sus ideologías, clases so-

ciales, aspiraciones y divisiones, sus situaciones actuales en la Historia de la Salvación, con la proclamación de Jesús muerto y resucitado, Cristo, Señor, Hijo de Dios (como quiera que haya que expresar hoy esta proclamación). Esta predicación tiene que ser en cierto modo anacrónica respecto al texto bíblico. Pero para evitar el anacronismo chocante, como el de una escena evangélica pintada por el Veronés en ambiente y con los magníficos ropajes renacentistas, el remedio es no pasar por la reconstrucción de la escena. La actualización hay que hacerla por un camino distinto, yendo más al fondo de la cuestión; y este fondo será en último término la actualidad permanente de Cristo resucitado.

Para terminar, una referencia a la constitución pastoral "Gaudium et spes" del Vaticano II. Se la puede considerar como modelo de predicación. En ella se va desde la proclamación central de Cristo hasta los problemas actuales del mundo, que ciertamente no son los mismos que los de los hombres del s. I. La proclamación ilumina a los problemas. Entre otras se pueden citar estas palabras: "El Señor es el fin de la historia humana, el punto de convergencia de los deseos de la historia y de la civilización, el centro del género humano, gozo y plenitud de las aspiraciones de todos los corazones. El es a quien el Padre resucitó de entre los muertos, ensalzándolo y colocándolo a su diestra, constituyéndolo juez de vivos y muertos..." (n. 45). Con estas palabras termina la primera parte, que trata del hombre y su misterio a la luz del misterio de Cristo, y prepara el camino a la segunda, en que esa misma luz se proyecta sobre los problemas actuales.